

Nada

*A mis amigos Linka Babecka de Borrel
y el pintor Pedro Borrell¹*

¹ Carolina («Linka») Babecka Pons (¿1922?-2009) fue una amiga íntima y fiel de Carmen Laforet desde su llegada a Barcelona hasta el final de su vida (véase el artículo de Roberta Johnson, «Carmen Laforet y la amistad», *Caleta*, núm. 14, 2008, págs. 195-200) y es también el origen de la elaboración literaria del personaje Ena. Linka Babecka trabajó en los años de su juventud como funcionaria de la Legión polaca en el exilio y dirigió la revista *Polonia* en España: «había llegado a Barcelona por primera vez al mismo tiempo que yo; pero ella huyendo con su familia de la invasión alemana y rusa en Polonia. La familia de Linka fue desde el primer momento mi segunda familia, mi familia de adopción mutua» (Carmen Laforet, «Con *Nada*, por fin hice algo», *ABC*, 11-2-2007, pág. 80). Linka tuvo un papel fundamental en la salida a la luz de *Nada*, ya que actuó como intermediaria de su primer lector, el periodista y editor Manuel Cerezales, futuro cónyuge de Carmen Laforet y quien la animó vivamente a presentarla a la convocatoria del primer premio Eugenio Nadal. Del marido de Linka Babecka, el pintor catalán Pedro Borrell (1905-1950), escribe Carmen Laforet a raíz de su temprana muerte: «si las ciudades no solo son para nosotros las piedras y las calles, sino las personas con las que las vimos y que nos enseñaron a quererlas, Barcelona se me ha muerto un poco también con este pintor suyo» («La vuelta», *Destino*, 20 de mayo de 1950, núm. 667, pág. 13). También dedicó una reseña a la exposición antológica sobre su obra celebrada en Madrid, en noviembre-diciembre de 1952, en el Palacio de Bibliotecas y Museos («Homenaje a un artista», *Destino*, núm. 803, 27 de diciembre de 1952, pág. 11).

NADA

(Fragmento)

A veces un gusto amargo,
Un olor malo, una rara
Luz, un tono desacorde,
Un contacto que desgana,
Como realidades fijas
Nuestros sentidos alcanzan
Y nos parece que son
La verdad no sospechada...²

J. R. J.

² Carmen Laforet cita este romance de Juan Ramón Jiménez de la antología *Canción 1898-1935* (Madrid, Signo, 1936). Desde la edición de Domingo Ródenas de Moya (2001) se ha corregido la errata *parecen* que figuraba en el mecanoscrito y en todas las ediciones anteriores. JRJ en la «Carta a Carmen Laforet», fechada en Washington, en marzo de 1946, comenta: «Me sentí muy contento de ver al frente de su novela el trozo de un romance mío, reacción también contra una cosa fea, una nada de la vida» (*Ínsula*, núm. 25, 15 de enero de 1948, pág. 1). JRJ se ofreció en ayudar a Laforet para traducir y publicar su novela en inglés. Lamentablemente la esperada traducción de Zenobia Camprubí, con quien JRJ leyó la novela en voz alta, no llegó. En 1947, Ramón J. Sender también se brinda para mediar en la traducción al inglés con sus editores (véase Carmen Laforet / Ramón J. Sender, *Puedo contar contigo*, ed. de Israel Rolón-Barada, Barcelona, Destino, 2003, págs. 34 y 57, y 257-261). La primera traducción al inglés fue la de Inés Muñoz (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1958) y en Estados Unidos la de Charles F. Payne (*Andrea*, Nueva York, Vantage, 1964).

Primera parte

I

Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, llegué a Barcelona a medianoche, en un tren distinto del que había anunciado, y no me esperaba nadie.

Era la primera vez que viajaba sola, pero no estaba asustada; por el contrario, me parecía una aventura agradable y excitante aquella profunda libertad en la noche. La sangre, después del viaje largo y cansado, me empezaba a circular en las piernas entumecidas y con una sonrisa de asombro miraba la gran Estación de Francia y los grupos que se formaban entre las personas que estaban aguardando el expreso y los que llegábamos con tres horas de retraso.

El olor especial, el gran rumor de la gente, las luces siempre tristes tenían para mí un gran encanto, ya que envolvían todas mis impresiones en la maravilla de haber llegado por fin a una ciudad grande, adorada en mis sueños por desconocida.

Empecé a seguir —una gota entre la corriente— el rumbo de la masa humana que, cargada de maletas, se volcaba en la salida. Mi equipaje era un maletón muy pesado —porque estaba casi lleno de libros— y lo llevaba yo misma con toda la fuerza de mi juventud y de mi ansiosa expectación.

Un aire marino, pesado y fresco, entró en mis pulmones con la primera sensación confusa de la ciudad: una masa de casas dormidas; de establecimientos cerrados; de faroles como centinelas borrachos de soledad. Una respiración grande, dificultosa, venía con el cuchicheo de la madrugada-

da. Muy cerca, a mi espalda, enfrente de las callejuelas misteriosas que conducen al Borne, sobre mi corazón excitado, estaba el mar.

Debía parecer una figura extraña con mi aspecto risueño y mi viejo abrigo que, a impulsos de la brisa, me azotaba las piernas, defendiendo mi maleta³, desconfiada de los obsequiosos *camàlics*⁴.

Recuerdo que, en pocos minutos, me quedé sola en la gran acera, porque la gente corría a coger los escasos taxis o luchaba por arracimarse en el tranvía.

Uno de esos viejos coches de caballos que han vuelto a surgir después de la guerra⁵ se detuvo delante de mí y lo

³ En el capítulo VI veremos el contenido de esta maleta «amarrada con cuerdas», como «el recinto de mis cosas íntimas», pero en el que hurgarán algunos de sus parientes: fundamentalmente ropa interior, objetos cargados de recuerdos y libros «amarillos y mohosos», procedentes de la biblioteca de su padre y cuyos títulos tampoco conoceremos. En un temprano artículo, Carmen Laforet argumenta y narra sobre la capacidad de figuración de una maleta: «De todos los objetos que tengo en casa la maleta es uno de los preferidos [...]. Agradezco al destino esta profunda, indescribible sensación de vida intensa, que me produce preparar mi maleta. En el fondo de mi conciencia yo sé que no es verdad esta idea que llevo metida en la sangre de que soy una vagabunda, de que no quiero pararme nunca en mi vagar de un sitio a otro. Yo sé que, por uno u otro motivo, mi maleta duerme y descansa muchísimo. Pero el solo hecho de tenerla entre las manos despierta en mí ese personaje de los sueños de mi adolescencia, cuando encerrada entre los límites terriblemente precisos de una isla, yo me iba al puerto, a ver los barcos y a respirar su olor, y con la imaginación subía en todos, oía las sirenas de despedida, y llegaba a bordo de ellos, a todos los puertos» («La maleta», *Destino*, 13 de mayo de 1950, núm. 666, pág. 7).

⁴ ‘porteadores’.

⁵ *viejos coches de caballos* [...] *después de la guerra*: la reaparición de estos coches de caballo es una evidencia de las restricciones y la escasez de la inmediata posguerra. En los primeros años de la década de 1940 la gasolina era insuficiente (en el capítulo XII hay una referencia a los gasógenos) y no se encontraban recambios para poner en marcha la mayoría de los automóviles que habían quedado inservibles durante la contienda civil. Los indicadores *después de la guerra* y más abajo *octubre* permiten datar el comienzo de la novela en octubre de 1939, nueve meses después

tomé sin titubear, causando la envidia de un señor que se lanzaba detrás de él desesperado, agitando el sombrero.

Corrí aquella noche en el desvencijado vehículo por anchas calles vacías y atravesé el corazón de la ciudad lleno de luz a toda hora, como yo quería que estuviese, en un viaje que me pareció corto y que para mí se cargaba de belleza.

El coche dio la vuelta a la Plaza de la Universidad y recuerdo que el bello edificio me conmovió como un grave saludo de bienvenida.

Enfilamos la calle de Aribau, donde vivían mis parientes, con sus plátanos llenos aquel octubre de espeso verdor y su silencio vívido de la respiración de mil almas detrás de los balcones apagados. Las ruedas del coche levantaban una estela de ruido, que repercutía en mi cerebro. De improviso sentí crujir y balancearse todo el armatoste. Luego quedó inmóvil.

—Aquí es —dijo el cochero.

Levanté la cabeza hacia la casa frente a la cual estábamos. Filas de balcones se sucedían iguales con su hierro oscuro, guardando el secreto de las viviendas. Los miré y no pude adivinar cuáles serían aquellos a los que en adelante yo me asomaría. Con la mano un poco temblorosa di unas monedas al vigilante y cuando él cerró el portal detrás de mí, con gran temblor de hierro y cristales, comencé a subir muy despacio la escalera, cargada con mi maleta.

Todo empezaba a ser extraño a mi imaginación; los estrechos y desgastados escalones de mosaico, iluminados por la luz eléctrica, no tenían cabida en mi recuerdo.

Ante la puerta del piso me acometió un súbito temor de despertar a aquellas personas desconocidas que eran para mí, al fin y al cabo, mis parientes y estuve un rato titubeando antes de iniciar una tímida llamada a la que nadie con-

de que las tropas del general Franco ocuparan la ciudad de Barcelona, el 26 de enero de 1939.

testó. Se empezaron a apretar los latidos de mi corazón y oprimí de nuevo el timbre. Oí una voz temblona:

«¡Ya va! ¡Ya va!».

Unos pies arrastrándose y unas manos torpes descorriendo cerrojos.

Luego me pareció todo una pesadilla⁶.

Lo que estaba delante de mí era un recibidor alumbrado por la única y débil bombilla que quedaba sujeta a uno de los brazos de la lámpara, magnífica y sucia de telarañas, que colgaba del techo. Un fondo oscuro de muebles colocados unos sobre otros como en las mudanzas. Y en primer término la mancha blanquinegra de una viejecita decrepita, en camisón, con una toquilla echada sobre los hombros. Quise pensar que me había equivocado de piso, pero aquella infeliz viejecilla conservaba una sonrisa de bondad tan dulce, que tuve la seguridad de que era mi abuela.

—¿Eres tú, Gloria? —dijo cuchicheando.

Yo negué con la cabeza, incapaz de hablar, pero ella no podía verme en la sombra.

—Pasa, pasa, hija mía. ¿Qué haces ahí? ¡Por Dios! ¡Que no se dé cuenta Angustias de que vuelves a estas horas!

⁶ Léase el inicio de un libro nonato de Elena Fortún, *Celia bibliotecaria*, que es también un relato de llegada de una muchacha a un mundo que no es el suyo: «Capítulo I. // Llegada a Barcelona. // Aunque ya era de noche aún no estaba encendida la luz de la escalera. Por eso me pareció todo tan feo y negro... Todavía fue peor cuando se abrió la puerta del piso con aquella luz mortecina y el perchero oscuro y la señora espantada...» (Biblioteca Regional Joaquín Leguina. EF Arc. 3/4. Carpeta con título manuscrito: «Capítulos sin utilizar que pueden servir». Mi agradecimiento a Inmaculada García Carretero quien me ha facilitado este dato. Véase también Nuria Capdevila-Argüelles, «Queridas lejanas», en Carmen Laforet y Elena Fortún, *De corazón y alma*, op. cit., pág. 24). Este comienzo de capítulo se escribió después de la publicación de *Nada*, que Elena Fortún recibe en abril de 1946; por tanto, puede interpretarse como un generoso gesto de reconocimiento literario, en este caso, de la escritora veterana con la joven. Siempre he pensado que existía una estrecha parentela literaria entre la Celia de Encarnación Aragoneses y la Andrea de Carmen Laforet.

Intrigada, arrastré la maleta y cerré la puerta detrás de mí. Entonces la pobre vieja empezó a balbucear algo, desconcertada.

—¿No me conoces, abuela? Soy Andrea.

—¿Andrea?

Vacilaba. Hacía esfuerzos por recordar. Aquello era lastimoso.

—Sí, querida, tu nieta... no pude llegar esta mañana como había escrito.

La anciana seguía sin comprender gran cosa, cuando de una de las puertas del recibidor salió en pijama un tipo descarnado y alto que se hizo cargo de la situación. Era uno de mis tíos, Juan. Tenía la cara llena de concavidades, como una calavera a la luz de la única bombilla de la lámpara.

En cuanto él me dio unos golpecitos en el hombro y me llamó sobrina, la abuelita me echó los brazos al cuello con los ojos claros llenos de lágrimas y dijo «pobrecita» muchas veces...

En toda aquella escena había algo angustiioso, y en el piso un calor sofocante como si el aire estuviera estancado y podrido. Al levantar los ojos vi que habían aparecido varias mujeres fantasmales. Casi sentí erizarse mi piel al vislumbrar a una de ellas, vestida con un traje negro que tenía trazas de camisón de dormir. Todo en aquella mujer parecía horrible y desastrado, hasta la verdosa dentadura que me sonreía. La seguía un perro, que bostezaba ruidosamente, negro también el animal, como una prolongación de su luto. Luego me dijeron que era la criada, pero nunca otra criatura me ha producido impresión más desagradable.

Detrás de tío Juan había aparecido otra mujer flaca y joven con los cabellos revueltos, rojizos, sobre la aguda cara blanca y una languidez de sábana colgada, que aumentaba la penosa sensación del conjunto.

Yo estaba aún, sintiendo la cabeza de la abuela sobre mi hombro, apretada por su abrazo y todas aquellas figuras me parecían igualmente alargadas y sombrías. Alargadas, quietas y tristes, como luces de un velatorio de pueblo.

—Bueno, ya está bien, mamá, ya está bien —dijo una voz seca y como resentida.

Entonces supe que aún había otra mujer a mi espalda. Sentí una mano sobre mi hombro y otra en mi barbilla. Yo soy alta, pero mi tía Angustias lo era más y me obligó a mirarla así. Ella manifestó cierto desprecio en su gesto. Tenía los cabellos entrecanos que le bajaban a los hombros y cierta belleza en su cara oscura y estrecha.

—¡Vaya un plantón que me hiciste dar esta mañana, hija!...⁷ ¿Cómo me podía yo imaginar que ibas a llegar de madrugada?

Había soltado mi barbilla y estaba delante de mí con toda la altura de su camisón blanco y de su bata azul.

—Señor, Señor, ¡qué trastorno! Una criatura así, sola...

Oí gruñir a Juan.

—¡Ya está la bruja de Angustias estropeándolo todo!

Angustias aparentó no oírlo.

—Bueno, tú estarás cansada. Antonia —ahora se dirigía a la mujer enfundada de negro—, tiene usted que preparar una cama para la señorita.

Yo estaba cansada y, además, en aquel momento, me sentía espantosamente sucia. Aquellas gentes moviéndose o mirándome en un ambiente que la aglomeración de cosas

⁷ ¡Vaya un plantón que me hiciste dar [...]: la frase de Angustias no quiere decir que *me has dado* o *me diste un plantón*, se refiere al plantón que ella tuvo que darle a su jefe y amante, don Jerónimo Sanz, por ir a esperar a Andrea a la estación. El lector se dará cuenta de este sentido en un momento posterior, el capítulo IX: *Gloria me dijo que don Jerónimo y Angustias se veían todas las mañanas en la iglesia, que ella lo sabía bien*. Es un ejemplo inicial y sintomático de la estrategia narrativa de *Nada*: la elipsis y la suspensión, ya que es una novela que nos cuenta la vida de Andrea haciéndose, en su fluir, y el lector sabe (o intuye) exactamente lo mismo que el personaje. Sobre esta frase, véase el precioso artículo de Patrizia Prati, «¡Vaya un plantón que me hiciste dar esta mañana, hija! Spunti di riflessione traduttiva», *Quaderni di filologia e lingue romanze*, núm. 27, marzo de 2014, págs. 165-178.

ensombrecía, parecían haberme cargado con todo el calor y el hollín del viaje, del que antes me había olvidado. Además deseaba angustiosamente respirar un soplo de aire puro.

Observé que la mujer desgredada me miraba sonriendo, abobada por el sueño, y miraba también mi maleta con la misma sonrisa. Me obligó a volver la vista en aquella dirección y mi compañera de viaje me pareció un poco conmovida en su desamparo de pueblerina. Pardusca, amarrada con cuerdas, siendo, a mi lado, el centro de aquella extraña reunión.

Juan se acercó a mí:

—¿No conoces a mi mujer, Andrea?

Y empujó por los hombros a la mujer despeinada.

—Me llamo Gloria —dijo ella.

Vi que la abuelita nos estaba mirando con una ansiosa sonrisa.

—¡Bah, bah!... ¿qué es eso de daros la mano? Abrazaos, niñas... ¡así, así!

Gloria me susurró al oído:

—¿Tienes miedo?

Y entonces casi lo sentí, porque vi la cara de Juan que hacía muecas nerviosas mordiendo las mejillas. Era que trataba de sonreír.

Volvió tía Angustias autoritaria.

—¡Vamos!, a dormir, que es tarde.

—Quisiera lavarme un poco —dije.

—¿Cómo? ¡Habla más fuerte! ¿Lavarte?

Los ojos se abrían asombrados sobre mí. Los ojos de Angustias y de todos los demás.

—Aquí no hay agua caliente —dijo al fin Angustias.

—No importa...

—¿Te atreverás a tomar una ducha a estas horas?

—Sí —dije—, sí.

¡Qué alivio el agua helada sobre mi cuerpo! ¡Qué alivio estar fuera de las miradas de aquellos seres originales! Pensé

que allí, el cuarto de baño no se debía utilizar nunca. En el manchado espejo del lavabo —¡qué luces macilentas, verdosas, había en toda la casa!— se reflejaba el bajo techo cargado de telas de arañas, y mi propio cuerpo entre los hilos brillantes del agua, procurando no tocar aquellas paredes sucias, de puntillas sobre la roñosa bañera de porcelana.

Parecía una casa de brujas aquel cuarto de baño. Las paredes tiznadas conservaban la huella de manos ganchudas, de gritos de desesperanza. Por todas partes los desconchados abrían sus bocas desdentadas rezumantes de humedad. Sobre el espejo, porque no cabía en otro sitio, habían colocado un bodegón macabro de besugos pálidos y cebollas sobre fondo negro. La locura sonreía en los grifos torcidos.

Empecé a ver cosas extrañas como los que están borrachos. Bruscamente cerré la ducha, el cristalino y protector hechizo, y quedé sola entre la suciedad de las cosas.

No sé cómo pude llegar a dormir aquella noche. En la habitación que me habían destinado se veía un gran piano con las teclas al descubierto. Numerosas cornucopias —algunas de gran valor— en las paredes. Un escritorio chino, cuadros, muebles abigarrados. Parecía la guardilla de un palacio abandonado, y era, según supe, el salón de la casa.

En el centro, como un túmulo funerario rodeado por dolientes seres —aquella doble fila de sillones destripados—, una cama turca, cubierta por una manta negra, donde yo debía dormir. Sobre el piano habían colocado una vela, porque la gran lámpara del techo no tenía bombillas.

Angustias se despidió de mí haciendo en mi frente la señal de la cruz, y la abuela me abrazó con ternura. Sentí palpar su corazón como un animalillo contra mi pecho.

—Si te despiertas asustada, llámame, hija mía —dijo con su vocecilla temblona.

Y luego, en un misterioso susurro a mi oído:

—Yo nunca duermo, hijita, siempre estoy haciendo algo en la casa por las noches. Nunca, nunca duermo.

Al fin se fueron dejándome con la sombra de los mue-

bles que la luz de la vela hinchaba llenando de palpitaciones y profunda vida. El hedor que se advertía en toda la casa llegó en una ráfaga más fuerte. Era un olor a porquería de gato. Sentí que me ahogaba y trepé en peligroso alpinismo sobre el respaldo de un sillón, para abrir una puerta que aparecía entre cortinas de terciopelo y polvo. Pude lograr mi intento en la medida que los muebles lo permitían y vi que comunicaba con una de esas galerías abiertas que dan tanta luz a las casas barcelonesas. Tres estrellas temblaban en la suave negrura de arriba y al verlas tuve unas ganas súbitas de llorar, como si viera amigos antiguos, bruscamente recobrados.

Aquel iluminado palpitar de las estrellas me trajo en un tropel toda mi ilusión a través de Barcelona, hasta el momento de entrar en este ambiente de gentes y de muebles endiablados. Tenía miedo de meterme en aquella cama parecida a un ataúd. Creo que estuve temblando de indefinibles terrores cuando apagué la vela.